

FRANÇOIS RECANATI, *LITERAL MEANING*, REINO UNIDO, CAMBRIDGE  
UNIVERSITY PRESS, 2004, 179 p.

“No es exactamente *lo dicho*”. Cuando alguien en Oxford te dice “De bemos almorzar algún día” en realidad significa: “No me importa si nunca te vuelvo a ver en mi vida” —observó Paul Grice a Thomas Nagel, hace tiempo—. <sup>1</sup> Amén de la instrucción al entonces joven filósofo, la noción de *lo dicho* también ha sido incisiva filosóficamente. Como es bien conocido, Grice fue uno de los pioneros en la filosofía que apuntó en dirección al significado en el contexto cotidiano, oponiéndose así a la concepción logicista dominante por más de cuatro décadas.

La historia reciente de la filosofía del lenguaje es intrincada. Pero una imagen breve y aproximada es la siguiente. Hacia finales del siglo XIX surgió el así llamado *giro lingüístico* en la filosofía y, con él, un método de análisis de las cuestiones filosóficas consistente en un lenguaje perspicuo, modelado desde los cánones del lenguaje lógico matemático. Las preguntas acerca de la existencia, los entes, los conceptos, se aproximaron de otra forma, no por sí mismas, sino a través del *significado* de las palabras dada su forma lógica. Por ejemplo: ¿qué es existir? Respuesta: la existencia es un predicado de predicados, o de manera más precisa, es una función de segundo nivel. Y ¿qué es un concepto? Respuesta: una función que arroja valores de verdad. Y así sucesivamente.

Para quienes no compartían el método lógico matemático, la extrañeza era una de sus reacciones. ¿Por qué no modelamos el análisis desde otros términos? Cuando yo digo que el Cáliz Sagrado no existe, digo que

---

<sup>1</sup> Citado por Thomas Nagel, 2002: 6, en la nota al pie número 3.

*ese objeto* no existe. Pero el análisis filosófico sostiene que en realidad, por más que me esfuerce en hablar *del* Cáliz Sagrado, no hablo de *ese objeto*, sino de un *concepto*. Lo *único* que digo, insisten, es que “nada cae bajo *el concepto* de ser un Cáliz Sagrado”.<sup>2</sup> En alguna ocasión, Rubén Bonifaz me dijo, con una sonrisita sarcástica: “Esos filósofos analíticos están diseñando el lenguaje de la CIA. Quieren que nos hagamos líos ¿verdad?”

Cómo se llega al que llamó “el lenguaje de la CIA”, no lo trataré en este texto, pues hay todo un entramado de argumentos bien estructurados que merecen una atención imposible de dispensar aquí.<sup>3</sup> Pero la incisiva observación me dejó inquieta por algún tiempo. Algunos defendían que ése es un lenguaje teórico y que no es la primera vez que una explicación teórica nos resulta contra intuitiva. El quehacer científico está plagado de ejemplos. Se nos dice que *en realidad* no hay colores, sino ondas luminosas que las superficies de los objetos reflejan. Pero ¿está a la par sostener que *en realidad lo dicho* es: *nada cae bajo el concepto del Cáliz Sagrado*? ¿En verdad uno *quiere* decir eso? Francamente no. Y la filosofía analítica no es ciega a este hecho. Así fue como *el giro lingüístico*, tomó un *segundo giro*: se volcó al lenguaje natural.

No sólo la insatisfacción empujó en esa dirección, sino el fracaso del proyecto de Frege y Russell en que se originó ese método, a saber: reducir el lenguaje matemático al lenguaje lógico. Al fracaso se agregaron las críticas de Willard Van Orman Quine<sup>4</sup> y Ludwig Wittgenstein.<sup>5</sup> El primero sostuvo que el proyecto estaba mal desde su inicio, pues se unía la *aprioridad* del conocimiento del *significado*, con cualquiera de dos caracterizaciones extremas: algo enraizado en nuestra psicología o algo bien alejado de ella —*datos sensoriales*, según Russell; y *objetos abstractos*, según Frege—. La unión de lo *a priori* con lo empírico es un dogma; y su divorcio un suicidio —piensan otros—.<sup>6</sup> Wittgenstein criticó de otra

<sup>2</sup> Esta cuestión es uno de los problemas que denomine *indecible* (*cf.*, Valdivia: 1985).

<sup>3</sup> Una exposición crítica del logicismo fregeano está en Valdivia, 1989.

<sup>4</sup> La presentación más sucinta de esta tesis se encuentra en su famoso artículo “Dos dogmas del empirismo”.

<sup>5</sup> Me refiero principalmente a su libro *Investigaciones Filosóficas*.

<sup>6</sup> La objeción típica a Quine ha sido su aceptación de objetos abstractos: clases y conjuntos. Sobre esta discusión véase, Fernández: 2003.

manera. En esencia, su idea es que no hay nociones *determinadas* de significado, verdad y referencia. El lenguaje *está vivo* y no se comporta como predicen las categorizaciones lógicas. Así fue como la noción de *lo dicho* resultó ser el parteaguas, tanto para las teorías filosóficas, como para las teorías lingüísticas recientes.

Con el segundo giro lingüístico, la filosofía del lenguaje se escindió al menos en dos grandes ramas: los herederos de la idea de la filosofía del lenguaje perfecto —que instauró la noción de forma lógica— incluyen actualmente en ella los mínimos elementos contextuales para explicar qué es *lo dicho*; y del otro lado, los herederos de la filosofía del lenguaje cotidiano —que sostuvo que la forma lógica esconde los rasgos comunicativos esenciales al lenguaje— insisten en que no hay razón para trazar el contenido de lo dicho en *todos* los aspectos de la forma lógica. En lingüística, la escisión se plantea entre semánticas formales y teorías pragmáticas.

Actualmente, los filósofos deploran que la diferencia entre ambos campos se conciba como si los lingüistas sean los que se quedan con el trabajo, mientras los filósofos sólo con las preocupaciones.<sup>7</sup> Pero afortunadamente, el reciente libro de François Recanati: *Literal Meaning*, es una excelente muestra de la intersección entre ambas disciplinas. Hoy en día, quienes hacen semánticas formales reconocen la necesidad de incluir a los contextos para explicar al significado —aunque sea en su expresión minimalista, pues el significado es literal; y quienes trabajan pragmática, asumen alguna noción de estructura— aunque no sea lógica, pues el significado es pragmático. La cuestión en debate entre ambos es cómo se relaciona esa estructura con *lo dicho*. ¿Cuál es el significado en los lenguajes naturales, *el literal o el contextual?*

Recanati argumenta en favor del significado contextual, sosteniendo que debe eliminarse el contraste entre lo que el hablante significa y lo que él literalmente dice, pues la noción de ‘lo que dice la oración’ es incoherente (p. 4). *Lo dicho* no es otra cosa más que un aspecto del significado del hablante. Hay efectivamente una diferencia entre lo que el hablante dice: “Debemos almorzar algún día”; y lo que implica: “No me importa si

---

<sup>7</sup> Fodor y Lepore, 2002: 9.

nunca te vuelvo a ver en mi vida”, como señaló Grice a Nagel agudamente, pero la diferencia es sólo pragmática. Y podemos hacer teorías pragmáticas generales sin necesidad de recurrir a cualquier tipo de literalismo.

La teoría es la siguiente. Los términos de las oraciones siempre están semánticamente indeterminados. Sólo cuando las oraciones se usan, los términos se saturan, produciéndose así proposiciones evaluables. La saturación es un proceso pragmático que se lleva a cabo modulando el significado con las *intenciones* de los usuarios y el contexto de emisión. Estos elementos intencionales deben explicarse, por principio metodológico, asumiendo que el significado siempre es conscientemente accesible a quienes participan en un acto de habla. Así como cuando percibimos un objeto accedemos tanto al hecho de que *percibimos*, como al hecho de *lo que* percibimos, cuando ejecutamos un acto de habla estamos conscientes tanto de *lo que* decimos, como de que estamos diciendo algo y/o implicando conversacionalmente algo. Según la teoría reconocemos lo dicho con la oración (significado primario) y lo implicado conversacionalmente (significado secundario). La modulación del significado se procesa de manera pragmática mediante cualquiera de los siguientes mecanismos: (O<sub>1</sub>) enriquecimiento, ajuste o precificación; (O<sub>2</sub>) aflojamiento o debilitamiento; y (O<sub>3</sub>) transferencia. El resultado es una proposición determinada; compuesta de manera interactiva; y reconocida por quienes la producen y escuchan. Por ejemplo, con (O<sub>1</sub>) explicamos el significado de: ‘José Manuel llegó al barranco y saltó’. Lo dicho literalmente no es ‘saltó *al* barranco’, esa es una *inferencia puente* que se explica gracias a la precificación del contexto. (Tal vez brincaba de gusto, nunca intentó suicidarse.) Usando (O<sub>2</sub>) podemos explicar oraciones como: ‘La máquina se tragó mi tarjeta’. Obviamente, sólo los organismos vivos literalmente ‘tragan’, por eso se debilita al verbo para incluir estos casos; y por último, con (O<sub>3</sub>) se pueden explicar oraciones como ‘El sándwich se quedó sin pagar’, los sándwiches no son agentes que paguen cuentas en restaurantes, contextualmente la idea es que alguien ordenó un sándwich y no lo pagó. (O<sub>3</sub>) permite transferir el significado de la acción de ‘no pagar’ que alguien lleva a cabo, al objeto ‘sándwich’. En consecuencia, nunca hay significados teóricamente literales, en la teoría todos son *no-literales*. Ahora bien, debido a que se asume que cual-

quiera de estos procesos es accesible a la consciencia, la teoría explica de forma más natural el procesamiento cognitivo de *lo dicho*. No es que empecemos considerando lo que literalmente se dice, luego lo saturamos con los valores literales y, por último, inferimos que no nos sirven y buscamos los adecuados. Estas son las ideas que defiende lo que Recanati llama, su Contextualismo Metodológico.

Para defender su teoría, a lo largo de los nueve primeros capítulos del libro procede de acuerdo con la siguiente estrategia argumentativa:

- 1: Hay dos extremos teóricos: el Literalismo y el Contextualismo (capítulos 1 al 3); y asumiendo que el significado tiene condiciones de verdad (capítulo 8), alguna de las dos opciones es la adecuada.
- 2: El literalismo implica una noción *literalista* que se opone al *significado del hablante* (capítulos 5, 6 y 7).
- 3: La noción literalista es incoherente con los datos (capítulos 7 y 8).
- 4: Si la noción literalista es incoherente, el literalismo es falso (capítulo 9).

*Conclusión:* Si el literalismo es falso, la única opción teórica es el contextualismo (capítulo 10). Obviamente, la carga de la prueba descansa en la premisa (3).

Aunque entre ambos extremos teóricos hay gradaciones, que reconoce son múltiples, Recanati toma al menos cuatro que supone son las más significativas. Del lado del literalismo, agrupa al indexicalismo y sincretismo; y del contextualismo, al cuasi-contextualismo (p. 86). Discute estas posturas en el libro, apoyándose en argumentos previamente presentados,<sup>8</sup> concluyendo que ninguna explica los datos.

Finalmente, para establecer el contextualismo, se ocupa en dos objeciones ya clásicas contra su postura: 'la cuestión fregeana' de Peter Geach (1972) y el 'Principio modificado de la navaja de Occam' de Paul Grice (1989). La idea común en ambos autores es que si las proposiciones sólo

---

<sup>8</sup> *Cfr.*, Recanati: 2002.

se producen por actos de habla y se individualizan por sus valores de verdad, una y la misma oración en diferentes actos de habla produce diferentes proposiciones y diferentes valores de verdad; y esta variabilidad da lugar a la ambigüedad o polisemia. Geach (1972) sostuvo que si el contexto de uso determinara el contenido, el compuesto disyuntivo ' $p \vee q$ ' tendría contenido únicamente porque lo asumimos verdadero. Pero sus partes no, porque lo que se asume es la verdad de *la disyunción*. La respuesta de Recanati es simple: las partes *heredan* el contenido, ya que el compuesto es significativo; y el compuesto es significativo porque está siendo usado. Por su parte, Grice sostuvo que por razones de simplicidad metodológica, a fin de evitar la ambigüedad, es preferible una explicación del significado independiente del contexto o con mínimas inclusiones, como sostiene el minimalismo. Recanati muestra correctamente, que los argumentos de Grice y Geach ignoran la tesis contextualista, a saber: la ejemplificación de una oración *tipo*, produce varias oraciones *ejemplares*, cada cual con su respectiva proposición. Cada proposición así obtenida, es determinada. Dada la distinción entre oración tipo y oración ejemplar, del hecho de que la oración tipo permita producir varias proposiciones, no se sigue ni que la oración tipo, ni que las oraciones ejemplares, sean ambiguas o polisémicas. Por lo tanto, ambos autores incurren en petición.<sup>9</sup>

Cerremos estos comentarios. La teoría es altamente atractiva por su aparente generalidad, es decir, a pesar de que el ámbito de lo dicho es evidentemente pragmático y muchas de las inferencias, si no es que todas, son inductivas, la teoría establece tesis generales. Por ejemplo, la tesis de que hay significados primarios, que son los que se obtienen al usar oraciones en contexto; y significados secundarios, aquellos que se obtienen a partir de los primarios, incluyendo en este rango una amplia gama de implicaturas conversacionales explícitas o implícitas. Pero esta distinción, que se supone agota el dominio de *lo dicho* depende de dos principios: el principio de accesibilidad y el principio de composicionalidad interactiva. Según el primero "Lo que se dice debe ser intuitivamente accesible a los participantes en un acto de conversación (a menos que

---

<sup>9</sup> Argumento, sin embargo, que las objeciones Grice-Geach quedan en pie (Valdivia: 2005).

algo vaya mal y no podamos tomarlos como ‘intérpretes normales’)” (p. 20). Pero ocurren errores, uno no siempre sabe el significado de los términos. Este es un principio discutible y, de ser erróneo, la distinción fundamental de la teoría se vendría abajo. Por lo que toca a la composicionalidad interactiva a la que Recanati se adhiere,<sup>10</sup> el significado de una palabra en una oración puede determinarse en parte por el contexto verbal de la palabra; es decir, la palabra no tiene un sentido determinado, fijo. Y aquí la discusión pertinente se abre al menos en dos direcciones: el orden en la explicación del significado de los términos y las consecuencias de aceptar la composición interactiva como un principio. En el primer caso, la cuestión es que si para establecer el concepto que expresa una palabra requerimos modularla con el contexto y la modulación es la que produce el significado de la palabra, hemos puesto la carreta delante de los bueyes: ¿contra qué se *modula* el significado? La segunda cuestión tiene que ver con cómo aplicar composicionalidad interactiva, es decir, modular el significado de los términos, cuando los términos están determinadamente definidos, por ejemplo, cómo se modularían los términos en ‘ $7 + 5 = 12$ ’. Dejo al lector estas cuestiones que, como dije, abren un amplio espectro de discusión.

*Literal Meaning* es una lectura obligada para quienes se ocupan en la intersección entre filosofía y lingüística, para quienes estén interesados en los desarrollos recientes en ciencia cognitiva y, en general, para quienes disfruten de textos incisivos y bien argumentados. La empresa que Recanati trae entre manos es ambiciosa.

## BIBLIOGRAFÍA

- Cohen, Jonathan, (1986), “How is conceptual innovation possible?”, en *Erkenntnis*, núm. 25, pp. 221-238.
- Fernández de Castro, Max, (2003), *Quine y la Ontología Abstracta*, México, Editorial Porrúa/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Fodor, Jerry y Ernest Lepore, (2002), *The Compositionality Papers*, Oxford, Clarendon Press.
- Geach, Peter, (1972), “Assertion”, en *Logic Matters*, Londres, Blackwells, pp. 250-255.

<sup>10</sup> *Cfr.*, Cohen, 1986: 224.

LOURDES VALDIVIA

- Grice, Paul, (1989), *Studies in The Ways of Words*, Cambridge, Harvard University Press.
- Nagel, Thomas, (2002), *Concealment and Exposure*, Oxford, Oxford University Press.
- Quine, Willard Van Orman, (1953), "Two dogmas of empiricism", en *From a Logical Point of View*, Cambridge, Harvard University Press, pp. 42-46.
- Recanati, François, (2002), "Unarticulated constituents", en *Linguistics and Philosophy*, núm. 25, pp. 299-345.
- Valdivia, Lourdes, (1989), *Introducción a la semántica y ontología de Gottlob Frege*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- \_\_\_\_\_, (2005), "Lo dicho sin literalismo", en *Anuario de Letras*, vols. XLII-XLIII, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Wittgenstein, Ludwig, (1953), *Philosophical Investigations*. Traducido al inglés (1972) por Gertrude Elizabeth Margaret Anscombe, Oxford, Basil Blackwell. Traducido al español (1989) por Ulises Moulines y Alfonso García Suárez, México, Cátedra/Instituto de Investigaciones Filosóficas-Universidad Nacional Autónoma de México.

LOURDES VALDIVIA\*

D.R. © Lourdes Valdivia, México D. F., enero-junio, 2006.

---

\* Investigadora de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, dounce@hotmail.com